

# El amor: eje articulador de la educación.

## Apuntes para una pedagogía del amor

---

Lourdes Grosso García

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** La pedagogía de la fe tiene su fuente y modelo en la pedagogía que Dios ha desplegado a lo largo de la historia de la salvación. El presente artículo estudia uno de los elementos esenciales de dicha pedagogía: el amor. El educador cristiano es testigo del amor de Dios hacia sus destinatarios, de Él aprende, por tanto, a saber mirar, escuchar y esperar; elementos articuladores de la pedagogía del amor.

**PALABRAS CLAVE** Amor, educación, pedagogía del amor.

**SUMMARY** *The pedagogy of the Faith has its base and model in God's own pedagogy displayed throughout the History of Salvation. This presentation studies one of the fundamental elements of this pedagogy: love. The Christian educator is witness to the love of God toward his People. They learn from Him and for this reason learns how to observe, listen and hope. These are the elements that articulate the pedagogy of love.*

**KEY WORDS** *Love, Education, Pedagogy of Love.*

### DEDICATORIA

Participar en un volumen dedicado a Pablo Domínguez Prieto es un honor y un deber de gratitud a Dios por la vida y el testimonio de este ejemplar sacerdote, profesor, amigo, que con su ilusión y entrega nos ha mostrado cómo vive lo cotidiano quien está apasionado por Cristo, en una tensión de amor al Padre tan manifiesta y gozosa que fácilmente se contagia.

¿Qué decir de nuestro querido amigo Pablo? Sonreír era lo habitual en su presencia, porque siempre supo suavizar, mediar, predisponerse a escuchar, con esa misericordia tan propia de los hombres fuertes que no necesitan escudarse tras apariencias. Sabio a la vez que humilde, hacía suyos los proyectos ajenos sin apropiárselos, dando espacio y mérito a los demás para que fuera Cristo el único protagonista. Mucho

podríamos decir de alguien que pasó haciendo el bien, prodigándose en cuantos le rodeaban y que, a pesar de su juventud, supo ser hermano mayor y maestro, porque mantuvo intacta la inocencia del discípulo. Sirva este modesto artículo como homenaje.

## I. EDUCAR DESDE EL AMOR

El Departamento de Teología Catequética de la Facultad de Teología “San Dámaso” de Madrid tiene entre sus objetivos prioritarios de trabajo el estudio y profundización de las fuentes y principios de la pedagogía de la fe, ante la necesidad de elaborar un pensamiento de carácter sistemático y ponerlo al servicio de la iniciación cristiana, para que la pedagogía de Dios – fuente y modelo de la pedagogía de la fe– sea realmente criterio y referencia de toda acción pedagógica y catequética.

¿Cómo ser pedagogos a *imagen y semejanza* del trato que el Padre celestial tiene con sus criaturas? “Como educador genial y previsor, Dios transforma los acontecimientos de la vida de su pueblo en lecciones de sabiduría”<sup>1</sup>. Con esta clave de lectura que nos aporta la pedagogía divina, nos acercamos a situaciones cotidianas para esbozar unos *apuntes para una pedagogía del amor*.

Necesitamos ser y sabernos estimados. La seguridad y la firmeza del que se sabe y siente amado –la conciencia de ser tenido en cuenta por otra persona– revela la propia identidad. Alguien me ha acogido, me ha mirado de forma irrepetible: “soy hermosa cuando me miras” (Gabriela Mistral). Quien se sabe mirado de manera irrepetible se sabe protagonista de una historia de amor personal y fascinante.

Si el mandamiento del Maestro es que nos amemos como él lo hizo, también en la docencia tenemos que preguntarnos: ¿amamos a quienes educamos?, ¿sabemos educar desde el amor? Esto requiere un aprendizaje consciente y concreto, del que vamos a destacar tres notas: aprender a mirar, aprender a escuchar y aprender a esperar.

---

1 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis* (=DGC) 139.

## II. APRENDER A MIRAR

Es la experiencia que parece ser que no supo acoger el joven rico cuando Cristo “le miró y le amó”. Nos referimos a un gesto de Cristo que encierra un estilo educativo centrado en el amor<sup>2</sup>. Lo recoge el evangelista Marcos: “Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo...” (Mc 10, 21). El contexto es de sobra conocido: el episodio del joven rico que se acerca al maestro porque siente que algo le falta, aún sabiéndose poseedor de muchos bienes. No vamos a detenernos en la enseñanza contenida en este episodio, sino tan solo en la actitud de Cristo como modelo de relación educativa, esto es, de relación humana auténtica y profunda.

### 1. MIRAR, AMAR Y DECIR

Hay circunstancias en las que “el orden de los factores no altera el producto”; no es éste el caso: en las relaciones personales sí es fundamental guardar el orden debido. Esta actitud enlaza tres verbos correlativos que se implican mutuamente para que la relación sea sanante, salvífica: *mirar*, *amar* y *decir*. De ellos se derivan dos posiciones fundamentales: la *acogida* y la *disponibilidad para el diálogo*. No se trata aquí de una acogida o de un diálogo sin más, sino con el sello característico de Jesús: el joven se sintió mirado y amado, reconocido como sujeto único e irrepetible, como interlocutor del que se quiere recibir lo que expresa. ¿Qué consecuencia práctica se deriva? Digamos que hay tres formas de “buenas relaciones”; las llamaremos *educada*, *interesada* y *cordial*.

La relación *educada* se produce cuando nos intercambiamos saludos, comentarios o sonrisas por protocolo, educación o costumbre, pero con el corazón y el pensamiento estamos en otro lugar. Hay *aproximación*, pero en realidad no podemos decir que se produzca relación personal. Podremos ser transmisores de ideas y datos, instructores de habilidades, pero difícilmente lograremos educar, estimular en el alumno el deseo de saber más para ser mejor.

---

2 Cf. LOURDES GROSSO, *Qué es... la solidaridad cristiana*, (Madrid 1998).

Por relación *interesada* entiendo aquí la que se produce cuando nos preguntan o muestran interés por determinados ámbitos de nuestro actuar, de nuestra manera de ser, de nuestras ideas... interesamos al otro, pero en el fondo lo que busca en nosotros es aquel aspecto que ha seleccionado, aquella información que desea obtener, incluso con la mejor de las intenciones; le interesa obtener un bien de mí o, en el mejor de los casos, el bien que quiere darme, no el que necesito recibir. Hay atención, pero el corazón está en otro lugar. Es una relación utilitaria, aunque no queramos admitirlo, aunque no nos percatemos de ello.

En tercer lugar, la relación *cordial* es la que acoge y nutre, la que da a luz e ilumina porque brota del corazón, de lo hondo del espíritu; en ella damos y recibimos con todo lo que somos; me acerco al otro no a mi manera, sino a la suya. ¿No es ésta la dinámica de la Encarnación? Desde la relación cordial no me siento observada sino mirada y amada por lo que soy y por lo que construye en mí el amor con que me miran.

El pedagogo inglés John Locke afirmaba: “no puedo educar a quien no me ama”; añadimos: “no puedo educar a quien no amo”, porque sólo mi amor al otro posibilita que se abra al bien que necesita y deseo ofrecerle. Si queremos educar según el modelo de Jesucristo, no olvidemos que más allá de cualquier buen propósito palpita este evangelio: para poder decir, primero hay que mirar y amar.

## 2. “AMAR” SE CONJUGA EN PRESENTE

El verbo “amar” se conjuga en presente. Este momento, el instante presente, es el escenario por antonomasia, el mejor lugar y el tiempo más oportuno para amar. Porque en lo hondo del presente late lo eterno. Porque vivir es acoger la intensidad del presente, del único tiempo que me pertenece. Conjugar el amor en tiempo presente es, de alguna manera, percibir el tacto divino en el obrar humano. Vivir así merece la pena. Consiste en estar en presencia del Otro con otros. Recibir dándome, percibir que la plenitud de mi personalidad me trasciende.

Esta hermosa tarea no se improvisa; requiere un proceso educativo. Demasiados afanes nos despistan del amor presente. Demasiados intereses nos distraen de lo único importante. ¡Qué necesidad! ¡Qué necesario es aprender a

amar en presente! Hay que despertar, amar ahora que estamos a tiempo. Ahora que es el tiempo. Sin el presente, la evocación del pasado es lamento estéril y la ensoñación del futuro vana quimera. ¡Hay tantos gestos de amor cotidiano! Eduquémonos para donarlos, reconocerlos y agradecerlos.

Hay muchos testimonios que servirían para ejemplificar esta reflexión. Escogemos una sencilla “carta de amor” escrita por una muchacha norteamericana a raíz de la guerra del Vietnam. Podría parecer frívolo si no albergara un drama para la escritora anónima. Para los que aún tenemos tiempo es, en cambio, un mensaje urgente de aliento y de esperanza. Conjugar el amor en presente no es complicado. Requiere, eso sí, situarse en la posición adecuada: la extática, salir de sí. Esto nos da la medida ajustada de cada acción, la entonación de cada voz, el brillo de cada mirada. Cuando el amor es protagonista se puede hablar o guardar silencio, ejecutar o dejarse hacer, tomar la iniciativa o esperar... suceda lo que suceda tendrá el amor como expresión única.

He aquí un fragmento de la carta: “¿Te acuerdas del día en que te pedí prestado el coche nuevo y lo dejé hecho un acordeón? Pensé que me matarías, pero no me dijiste una palabra. ¿Te acuerdas del día en que te hice ir casi a rastras conmigo hasta la playa y tú decías que iba a llover y llovió? Pensé que ibas a decir: ‘Te lo había dicho’, pero no lo dijiste... ¿Te acuerdas de cuando se me cayó la tarta de fresas sobre la tapicería nueva del coche? Temí que ibas a gritarme: ‘¡Eres una inútil!’, pero no lo hiciste... Sí, hay tantas cosas que no hiciste. Tenías paciencia conmigo, me querías y estabas siempre de mi parte. Había tantas cosas de las que quería pedirte perdón cuando volvieras de Vietnam... Pero no volviste”<sup>3</sup>.

### III. APRENDER A ESCUCHAR

En educación se trata de encontrar cauces adecuados para canalizar todo el bien que podemos hacernos los seres humanos. El bien no es un ente abstracto, es bien concreto –dice Fernando Rielo. La adhesión al bien concreto es lo que va forjando la conducta de los seres humanos, lo que denomina-

---

3 Publicada en *Iris de Paz*, 3, (1999), p. 14.

mos ética y vida moral. El bien no es indiscriminado y, desde luego, no tiene la medida de mis intereses individuales. Tiene una vectorial, una trayectoria y un objetivo. El axioma general “haz el bien” podría deformarse en una excusa para cualquier tipo de iniciativas, incluso interesadas o egoístas. El bien que se me reclama es el que necesita quien está frente a mí, el que responde más adecuadamente a su mejor realización personal.

## 1. EL BIEN CONCRETO DEL PRÓJIMO

En la propuesta educativa y moral de Cristo hallamos el modelo de actuación desde una clave muy concreta que es resultado de la relación personal con Dios Padre y con el ser humano. Lejos de la frialdad del legalismo, su acción educativa no la basa en el cumplimiento de preceptos (que es lo específico de la ley mosaica), ni en la búsqueda del perfeccionismo... pasa por el tamiz de amar como él nos ha amado: él escucha el corazón de la persona y le proporciona lo que realmente le beneficia; por eso sabe cuándo perdonar a la adúltera y cuándo increpar a los fariseos, cuándo pagar el tributo al Cesar y cuándo transgredir el sábadó.

Para educar desde el amor hay que aprender a escuchar qué bien concreto se nos está reclamando. Esta forma de educar, que no puede improvisarse, se produce cuando me percato de que hay en el otro algo que no puede pertenecerme, algo que es un misterio, en el sentido de que guarda en su interior una realidad que escapa a la comprensión, aunque la intuyo: ese toque de Dios en su corazón.

La relación con el alumno, mi prójimo, tiene un requisito imprescindible: saber escuchar. Si yo no sé escuchar el sentido del misterio que hay en cada ser humano no sabré qué significa el encargo de Cristo cuando me dice “ama a los demás como yo les amo”; y no se refiere sólo a cómo trató a las personas en su paso por este mundo, sino que quiere decirme: “ama a tu prójimo como yo le estoy amando ahora”. Y éste es el gran misterio: ¿cómo está obrando Dios en el alma de mi prójimo?, ¿qué está haciendo en su corazón? No se trata, entonces, de inventar la forma de amar a ésta o a aquella persona, sino de aprender a escucharla, de adivinar cuál es la sensibilidad del ser humano que tengo delante y cómo quisiera Jesucristo que me dirigiera a él. El referente para esta interpretación lo encuentro en mi propia bio-

grafía cuando –por estar abierta a Dios– sé descubrir en mi historia los signos de su tutela y cuidado, de su providencial asistencia.

## 2. ITINERARIO DE UN ENCUENTRO PERSONAL

Vamos a analizar un ejemplo concreto: el encuentro de Pedro con Jesús ¿Cómo se produce? Seguramente Pedro habría tenido ocasión de oír sus enseñanzas y ver sus milagros ya en varias ocasiones. Es posible que ya sintiera hacia el Maestro una cierta admiración, atracción o cuanto menos perplejidad. Ahora bien, el momento del desenlace, cuando entra la salvación en su corazón, tiene unos signos concretos, que relata el Evangelio de Lc 5, 1-11:

Mientras la muchedumbre se agolpaba en torno a Él para oír la palabra de Dios, Él estaba junto al lago de Genesaret, y vio dos barcas situadas al borde del lago. Los pescadores habían descendido de ellas y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, que era de Simón, y le rogó que la separase un poco de la tierra. Se sentó en ella y enseñaba a las muchedumbres desde la barca. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Rema mar adentro y echad vuestras redes para la pesca”. Simón le respondió: “Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaremos las redes”. Así lo hicieron y capturaron tan gran cantidad de peces que casi se rompían las redes. Hicieron señas a sus conocidos de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos acudieron y llenaron tanto ambas barcas que casi se hundían. Al ver esto Simón Pedro, cayó a los pies de Jesús, diciendo: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador”. Y es que tanto él como sus compañeros, habían quedado sobrecogidos de espanto ante la pesca realizada; e igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: “Deja de temer; desde ahora serás pescador de hombres”. Ellos llevaron las barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron.

*Primera escena:* Jesús solicita su apoyo para la predicación. Quiere subir en su barca. No le exige, de entrada, ni atención, ni adhesión a sus palabras,

ni siquiera que le ayude a silenciar a la multitud para poder adoctrinarles... sencillamente le pide el favor de poder utilizar su barca, a manera de púlpito desde donde poder dirigirse a la muchedumbre. Si hubiera exigido algo, quizás se hubiera producido una cierta resistencia, incluso involuntaria... es como un muro que solemos alzar contra la posibilidad de tener que modificar nuestro proyecto, o de ser decepcionados...

El primer contacto de Jesús honra a Pedro: *se deja ayudar por él*. Es Cristo quien se sitúa en posición de necesidad para que Pedro (para que yo) le ayude con los medios que posee, con los instrumentos que le son familiares. Su petición sencilla nos pone, de entrada, en situación de dar sin que ello suponga desorientación o desconcierto. Jesús se acerca a las vidas con mucho tacto.

*Segunda escena:* Terminada la predicación, le pide que dé un paso más. Ahora habla a la confianza, más aún, a la fe. Pide a un hombre, un experto en la materia, que tenga fe sobre algo que su razón acaba de comprobar que no es posible: “vamos adentro y echa las redes”... “pero hemos estado toda la noche y no hemos pescado nada”, protesta la lógica, y la confianza continúa: “pero porque tú lo dices lo haremos”. Actúo por fe en tu palabra. En ella pongo mi esperanza.

Y a la fe sigue el milagro. En este caso, el milagro de la pesca milagrosa. La fe siempre va acompañada de un milagro, milagro que no tiene por qué ser tan notorio como el de aquellas redes rompiéndose por el peso de los peces capturados; puede ser visible o íntimo, evidente sólo para quien lo recibe... pero siempre va acompañada de un milagro, porque el simple hecho de actuar en fe, de cambiar los propios esquemas superando los límites de la razón y su lógica ya lo es.

*Tercera escena:* Cuando no miramos con prejuicio lo que sucede, percibimos con claridad el milagro que se está produciendo: la gracia, la gratuidad que irrumpe en la vida... y no queremos rechazarla, evitarla, ni tampoco ignorarla. Acogemos la sorpresa de esta realidad inesperada.

El primer resultado es una revolución interior. Me asalta el temor por mi situación: “Señor, apártate de mí, que soy un pecador”. Reconozco mi condición de pecador. Me sé indigna de la cercanía de Dios (“apártate de mí”). Pero Cristo no sólo me mantiene en su amor, sino que confirma mi elección y me otorga una misión: “desde ahora serás pescador de hombres”. Con esta proclamación le es dado a Pedro el íntimo convencimiento de que su vida

ha tomado un nuevo rumbo: “lo dejaron todo y le siguieron”. Ahora, empieza el trayecto.

Quizás podamos pensar que esta forma de trato de Cristo es excelsa pero no está a nuestro alcance. Mas, si el acto catequético no abre camino a la acción de Dios, a la conversión de las personas, ¿para qué sirve? Si como profesores cristianos no pasamos de ser eficaces profesionales y buenas personas, ¿en qué nos distinguimos? Quizás la renovación fundamental de la educación cristiana consista en rememorar y creer las palabras de Cristo, quien nos asegura el envío del Espíritu Santo, del pedagogo por excelencia. ¿Hay espacio para la gracia en mi acto docente? Recuerdo las clarividentes palabras del profesor Pedro Morandé Court en Roma, durante el Jubileo del 2000:

La posibilidad de un nuevo humanismo pasa por la santidad de la vida intelectual y universitaria. Debemos preguntarnos si ella ha logrado penetrar en las universidades a partir del oficio mismo del profesor y del estudiante, si la santificación como finalidad de la vida ha logrado entrar a las aulas, a los laboratorios, a las bibliotecas y a los curricula o ha permanecido más bien en los patios, en las actividades extraprogramáticas. Pareciera que se ha encontrado en los claustros un sustituto funcional para la santidad en el concepto de “excelencia académica”, que suele definirse operacionalmente por la aceptación social, por el prestigio, por la acreditación de terceros o por la propia autoevaluación. No deja lugar para la acción de la gracia, sino sólo para el autoesfuerzo<sup>4</sup>.

## V. APRENDER A ESPERAR

La educación no se improvisa, es un proyecto que se realiza paso a paso, mediante un proceso, no se deben quemar etapas. Si se echa demasiada agua a una planta, se la abona exageradamente... sólo conseguiremos destruirla.

---

4 Conferencia del Prof. Pedro Morandé Court en el marco del Jubileo de los docentes universitarios en Roma. Publicada en Revista *Humanitas*, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, n° 20 octubre-diciembre 2000.

Creceer lleva su tiempo, “nadie puede añadir un codo a su estatura” (Mt 6, 27). Una de las mayores dificultades del educador es acertar cuándo exigir y cuándo permitir, cuándo actuar y cuándo esperar. No es fácil saberlo pero no podemos abdicar de esta responsabilidad; hay que asumir el riesgo que supone acompañar a un ser humano en su crecimiento. Vamos a intentar ilustrar esta intención pedagógica con dos ejemplos concretos.

## 1. LA SABIDURÍA DEL CORAZÓN

*Es preciso que él crezca y que yo disminuya* (Jn 3, 30). Esta afirmación de Juan el Bautista encierra una actitud pedagógica que no conviene olvidar en nuestra acción educativa. ¿Cómo practicarla? Quizás nos ayude un relato que tuve la dicha de oír narrar a un venerable maestro del espíritu. Le llamo *La banqueta*<sup>5</sup>, y dice así:

Cuentan de él que era un gran maestro; tenía el raro don de aplicar, siempre unidas, la sabiduría de la mente y la del corazón. Quienes querían adentrarse en los caminos de la verdadera vida venían a pasar largas temporadas con él. Su casa y sus brazos estaban abiertos para todos.

Llevaba un tiempo profundamente preocupado por la actitud de uno de sus discípulos, un joven que llegó ilusionado y al que ahora notaba distante, cansado... y no sabía por qué. Pensaba en él, oraba por él, se hacía el encontradizo... y no porque se contara entre sus alumnos más brillantes, tampoco porque fuera de los peores.

Una noche de luna respondió a su vigilia. Casualmente vio cómo del otro lado de la tapia el joven saltaba hacia el interior del recinto; una banqueta, estratégicamente situada, le permitía apoyar el pie sin temor de ser descubierto por el crujir de las yerbas. Era evidente que venía de buscar entre las nieblas de la ciudad la luz que añoraba su alma. Ahora entendía la lucha interior que reflejaba ese rostro.

---

5 Cf. *Qué es... la solidaridad cristiana*, Ediciones Paulinas, Madrid 1998.

Al día siguiente no le dijo nada. Cuando anocheció el maestro se escondió junto a la tapia, atento a que el discípulo dejara situada la banqueta antes de saltarla. Cuando se hubo asegurado de que el joven estaba lejos, salió de su escondrijo quitó la banqueta y, doblando su ya curvada espalda, se puso en su lugar. Pacientemente esperó y esperó. De madrugada el joven regresó a la casa. Como siempre, escaló la tapia y con la punta del pie tanteó buscando su apoyo habitual; se dejó caer... pero la superficie era blanda. Saltó precipitadamente y, desfavorido, se dio cuenta de lo ocurrido.

A la mañana siguiente, como todas las mañanas, el maestro pasó saludando personalmente a cada uno de sus discípulos. El joven, abrumado, no se atrevía a dirigirle la palabra, pero el maestro le miró, le sonrió ampliamente... y no dijo nada.

Desde entonces no hubo más furtivos, y aún en las noches de luna nueva luce un resplandor especial en esa casa. Cuentan que allí vive un gran maestro que tiene el raro don de aplicar, siempre unidas, la sabiduría de la mente y la del corazón.

## 2. EL PODER DE LA LIBERTAD

Parece que el hijo pródigo procediera de una familia pudiente. Tanto es así, que aun habiendo dividido la herencia entre los dos hijos, la casa paterna seguía contando con servidumbre, abundancia de provisiones y riquezas de diversa índole (como aparece en la escena del banquete de recibimiento). Es probable que el padre de la parábola pudiera permitirse contar con personas de confianza que le mantuvieran informado de lo que acontecía en aquel país lejano en el que se había instalado el hijo menor. No podemos imaginarnos al padre ajeno a los hechos; en la casa paterna se sabía lo que pasaba. O si no, ¿por qué se enfada tanto el hijo mayor ante la fiesta de recepción que ha organizado el padre?, ¿cómo sabía que su hermano había derrochado la herencia con prostitutas si ni siquiera había entrado en casa a verle, si no había hablado con él? Sí, en aquella casa se recibieron noticias tanto de la vida despilfarradora como de la carestía posterior, los trabajos y el hambre del joven. Desconocemos los intentos del padre para que su hijo volviera en sí, y las ayudas y mensajeros que le envió. Lo que sí sabemos es

que ese padre, que salía cada amanecer a la puerta para atisbar cuanto antes el retorno de su hijo, no hizo además alguno de ponerse en viaje a buscarle, ni para rescatarle de la vida de perversión que había emprendido ni para aliviarle del sufrimiento y la miseria. ¿Cómo es posible que un padre actúe así?, ¿cómo podía permanecer indiferente a la situación de su hijo?, ¿acaso no era bueno? Quizás estas preguntas están mal formuladas y haya que sustituirlas por otras, por ejemplo: ¿qué significa una paternidad que actúa así?, ¿cuál es la atención que presta a su hijo?, ¿qué entendemos por bondad?

Aquí se presenta, una vez más, la gran paradoja del amor evangélico incardinado en los grandes ejes de la libertad humana y del respeto de Dios por sus criaturas. Dios no nos sustituye. Es el gran drama del amor y la libertad. Ahora bien, cuando el hijo vuelve en sí y decide regresar a casa "...estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente...", y le vistió, le acogió, celebró una fiesta por su regreso (cf. Lc 15, 11-32).

El vínculo que se establece desde este modelo de amor paterno excluye toda forma de paternalismo y de infantilismo. No usurpa la libertad. No sustituye la opción personal. Acompaña con ofrenda total de sí el crecimiento del otro. Aquí adquieren protagonismo el poder de la oración y la confianza en la protección de la Providencia sobre cada uno de nosotros.

## VI. COROLARIO

La educación desde el amor a la que nos hemos referido se conjuga con un intercambio de libertades, de donación y acogida, que son las dos vertientes de la misma realidad. Puedo amar porque puedo poner en ejercicio el gran don de la libertad. Amo –con mayúscula– en la medida en que el Amor se hace presente en mi vida, se hace relación personal con Dios. Sólo puede enseñar quien se hace discípulo.

*Amar a Dios* es la trayectoria de nuestra libertad. Es la indicación, el mandamiento, la vectorial hacia la que se dirigen las decisiones y los actos del discípulo, el itinerario que señala el recorrido por los paisajes del amor hasta llegar a la tierra prometida: la deseada comunión con la Trinidad en comunión de santos.

*Amar en Dios* es la purificación de la libertad. Para que el amor se purifique hay que creer en Él, en su poder, en que el Amado puede hacer maravillas en su sierva, como exclama María en el Magnificat.

*Amar con Dios* es actuar conjuntamente con Él, es la aceptación de que su acto, su gracia, nos fecunde para llevar a término y plenitud el destino para el que nos ha creado y constituido ontológicamente capaces de Él, seres abiertos, en relación con Él: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer hacia sí al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” <sup>6</sup>.

---

6 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 27.